

ARLEQUIN

SEMANARIO HUMORISTICO DE CARICATURAS

Para reir y para sonreir

AÑO I.

DIRECTOR:
SANTIAGO R. DE LA VEGA

NUM. 1

México, 7 de Junio de 1918

SE PUEDE?

“ARLEQUIN” sale de nuestras pecadoras manos, lector, sin el estruendo descocado y libre de los cascabeles de la farsa.

Ya sabemos que tú esperabas verle reir con toda la boca, pero no habrá caso, desgraciadamente. “ARLEQUIN” va a tu encuentro, entre grave y burlón, quizás temeroso de reir y acaso dispuesto a sonreir nada más. Y cuenta que su alegría, la que vibra dentro de su alma generosa, es la misma vieja alegría de los días gloriosos en que se aquilataba la gracia por un milagro amable de libertad. No hay para qué desazonarse, sin embargo, pues si hemos de dar crédito al dulce y fuerte Barón de la Brède y de Montesquieu, “peor es en Turquía, que se hallan familias donde de padres a hijos nadie se ha reído desde la fundación de la monarquía.” ¿Que la risa añorada por Queiroz, hace mucho tiempo que huyó del tablado de la política, siendo sustituida por el falaz y zafio halago cortesano? ¿Y qué? Acaso tenga razón don Ricardo Arenales, acaso sólo debamos sonreir. ¡Qué mucho que “ARLEQUIN,” siendo un claro y vivo símbolo de la risa loca se conforme (lector, ahora hay que conformarse con todo), se conforme, decimos, con ensayar cabriolas dislocadas, prodigiosas piruetas, si el tintineo de sus cascabeles suena a la sordina? Además, este “ARLEQUIN,” tal como se escapa de nuestro espíritu, no se siente inclinado a sólo reir de todo y de todos, frívola y desatinadamente. ¿Por qué no han de tener una noble idealidad las revistas cómicas? ¿No es la caricatura un arma esencialmente política, y, siéndolo, no puede elevarse un palmo sobre la frivolidad ambiente? Lo triste, lo absurdo, lo necio y anacrónico ha sido—oh dioses—que nuestros periódicos de caricaturas, los que han brotado como hongos en las cajas de los cuarteles generales, hayan confundido lamentablemente las especies, rebajando a innobles menesteres un arte combativo de suyo y destinado necesariamente a representar las más rebeldes altiveces de pensamiento.

Lector: “ARLEQUIN” no tiene un alma grotesca y bufa, aunque le veas reir, a veces, cínicamente. Su corazón está cerca del pueblo y lejos del poder. Y acaso, acaso—¡quién lo sabe!—la tragedia cotidiana haga que de sus ojos, enrojecidos por artificio de los polvos de arroz gotée sobre el mosaico de su traje omnicoloro y ante el dolor vital, “una furtiva lágrima,” tal como goteaba perlas el perro del peregrino de Diderot.

¿El criterio político de “ARLEQUIN”? Somos revolucionarios, lector, y no trataremos de disimularlo, porque no creemos que en esto radique una vergüenza. Pero... entendámonos. Queremos una Revolución humanizada, una revolución sin crímenes ni latrocinios. Estamos desencantados de algunos hombres de la Revolución, pero permanecemos fieles al ideal. ¿Podremos orientar en este noble sentido el humorismo de “ARLEQUIN”?

Lo expresado no quiere decir, lector, como habrás comprendido, que pensemos convertirnos en obligados apologistas de insensateces, con título de ideales revolucionarios; de iniquidades con nombre de medidas políticas; de ruines venganzas con disfraz de grandes actos revolucionarios; de lucros con apariencias de reivindicaciones, y de estridencias con rubro de convicciones. Y en cuanto a la prensa, “ARLEQUIN” siente por ella una cordial simpatía y no emprenderá deliberadamente ninguna campaña en contra de sus colegas. Solamente viéndose agredido—lo que juzga remoto—irá a descolgar de la paupérrica el arma caballeresca, para cotojar su acero con el de sus contrarios, caso de encontrar que sean de noble y esclarecido linaje. Y para ello no necesitará consultar—como quiere el exquisito y sutil Jorge Useta—si hay en su recia mano el signo cabalístico de la combatibilidad.

Santiago R. de la Vega